

Pilares de la historiografía

Enrique Florescano

Los historiadores enfrentan múltiples aristas para estudiar los sucesos del pasado. El doctor Enrique Florescano ilumina el camino de la historiografía actual echando mano de diversas estrategias narrativas. Este texto forma parte del libro La función social de la historia, de próxima aparición en el Fondo de Cultura Económica.

A lo largo de los siglos los historiadores se han empeñado en precisar los objetivos y las metas de su disciplina. A esa compulsión debemos el que cada época del desarrollo humano haya elaborado su propia concepción de la historia. La que hoy aceptan la mayoría de los historiadores reposa en esa larga experiencia y se apoya en tres pilares: 1) la *fase documental*, que va desde la declaración de los testigos oculares a la constitución de los archivos, y cuyo fin último es el establecimiento de la prueba documental, la presentación propiamente dicha de los hechos. 2) Sigue la *fase explicativa-comprensiva*, donde el historiador recurre no a un modo privilegiado de explicación, sino al “abanico de modos de explicación capaces de hacer inteligibles las acciones humanas [...] La mayoría de los trabajos históricos —dice Ricœur— se despliegan en una región media en la que se alternan y se combinan, a veces de manera aleatoria, modos heteróclitos de explicación”.¹ 3) Por último, encontramos la fase que Ricœur llama *representación historiadora*, o sea, “la configuración literaria o escrituraria del discurso ofrecido al conocimiento de los lectores de historia”.²

La *fase documental* comienza con la declaración que hace el testigo de su experiencia, que es una declaración oral y personal, referida a un hecho vivido en un lugar y un tiempo precisos. Pero para adquirir la categoría de testimonio esa declaración es sometida a distintas pruebas de veracidad hasta llegar a ser considerada un testimonio fiable, garantizado.³ Cuando advino la escritura, el testimonio oral se convirtió en texto. Más tarde los papeles dieron paso a la formación de archivos, bibliotecas, museos y demás instituciones avocadas a conservar, ordenar y resguardar las huellas del pasado: los textos, pero también los monumentos, los restos arqueológicos, las pinturas, etcétera, son las fuentes a las que acude el historiador para establecer los hechos. “Por lo tanto, en la historia como en la ciencia, la imaginación debe estar limitada y disciplinada por las fuentes, y esto es precisamente lo que la diferencia de las artes y todos los métodos de representación de la realidad”.⁴

Ricœur ha escrito que la presencia del archivo como fuente principal del historiador terminó con “el rumor del testimonio oral” y dio inicio a la etapa moderna de la crítica histórica, pues “sólo la comprobación de los testimonios escritos [y de los vestigios a los que

¹ Paul Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, Trotta, Madrid, 2003, p. 244. El título “operación historiográfica” y sus tres componentes provienen de Michel de Certeau, “L’opération historique” en Jacques Le Goff y Pierre Nora (editores), *Faire de l’histoire. Nouvelles approches*, tres volúmenes, Gallimard, París, 1975.

² *La memoria, la historia, el olvido*, p. 179.

³ *Ibidem*, pp. 210-217. En estas páginas Ricœur describe con precisión las distintas fases por las que pasa la declaración ocular u oral para convertirse en testimonio fidedigno.

⁴ Gaddis, *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, Anagrama, Barcelona, 2004, p. 68.

se refiere Carlo Ginzburg] dieron lugar a la crítica, en el sentido de este nombre”.⁵ Estos vestigios son la huella de lo que existió en el pasado. “Se les puede llamar evidencias (porque son signos visibles que dan testimonio de algo ocurrido en el pasado), o fuentes (porque brindan información del pasado como las aguas fluyen de su nacimiento), o testimonios primarios (porque se advierten antes que la literatura escrita por los historiadores), o datos (porque se trata de hechos dados diferentes a las teorías que construimos sobre ellos)”.⁶ La historia, dice Lucien Febvre, se hace “con documentos escritos”. Pero también puede y debe hacerse con otros testimonios cuando faltan los escritos:

Con todo lo que el ingenio del historiador pueda permitirle utilizar para fabricar su miel, a falta de las flores usuales. Por lo tanto, con palabras, con signos, con paisajes y con tejas. Con formas de campo y malas hierbas. Con eclipses de luna y cabestros. Con exámenes periciales realizados por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo

⁵ Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, pp. 211 y 224-225.

⁶ Constantin Fasolt, *The Limits of History*, The University of Chicago Press, Chicago, 2004, p. 5.

del hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre.⁷

Distinguir lo cierto de lo falso es la función de la crítica y la primera tarea del historiador. Marc Bloch escribió que “el verdadero progreso llegó el día en que la duda se volvió ‘examinadora’ como decía Volney”, cuando “las reglas [objetivas] fueron elaboradas paulatinamente y permitieron seleccionar entre la verdad y la mentira”. A esta venerable y prolongada tarea contribuyeron numerosos autores. Entre los primeros, Lorenzo Valla, quien apoyándose en la crítica documental descubrió la falsedad del *Decreto* o *Donación de Constantino*. A esta obra siguieron la publicación del *De re diplomatica* de Mabillon, la exégesis de la *Biblia* de Richard Simon, el *Tratado teológico-político* de Spinoza, “obra maestra de crítica filológica e histórica”, y los trabajos de otros eruditos eminentes.⁸ Porque la historia reconstruye el pasado mediante huellas, rastros e indicios, por ello mismo le otorga a la crítica de esos testimonios un lugar privilegiado. En el discurso de los historiadores “los hechos son el núcleo duro, aquello que resiste a la contestación”, y por eso su primera tarea es probar la autenticidad de los hechos que narra, aportar las pruebas que confirman su veracidad.⁹

En su *Apología para la historia*, Marc Bloch describió las reglas básicas del método crítico. La primera norma del historiador, señaló, es “indicar lo más brevemente posible la fuente del documento que está utilizando, es decir, la manera de encontrarlo, [pues esto] equivale sin más a someterse a una regla universal de probidad”.¹⁰ Luego desarrolla las diversas formas de la crítica externa, que atiende a las características materiales del documento (el papel, la tinta, la escritura), y se concentra en la crítica que analiza la coherencia interna del texto. Como observa Prost, todos los métodos críticos tienen por objeto responder a cuestiones simples:

⁷ Febvre, *Combates por la historia*, Ariel, Barcelona, 1947, pp. 232-233. Como dice Constantin Fasolt (*The Limits of History*, pp. 5-6): “Pero una cosa debe subrayarse: las fuentes no necesariamente deben ser escritas. Cualquier cosa —edificios en ruinas, esculturas, música, flores, praderas abiertas, muebles pintados, zapatos desabrochados, hatos de madera, piedra suavemente tallada— cualquier cosa puede servir como evidencia siempre y cuando se cumplan dos condiciones: debe estar presente, para que pueda ser examinada, y debe contener información acerca del pasado, para que pueda funcionar como fuente”.

⁸ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador*, edición anotada por Étienne Bloch, FCE, México, 1996, pp. 187-189. Sobre Lorenzo Valla, véase el prefacio de Carlo Ginzburg en Lorenzo Valla, *La Donación de Constantino (Sur la “Donation de Constantin”, à lui fausement attribuée et mensongère)*, Les Belles Lettres, París, 1993. Según Ricœur (*La memoria, la historia, el olvido*, p. 225), “sólo la comprobación de los testimonios escritos, unida a la de estas otras huellas, como los vestigios, dieron lugar a la crítica, en el sentido digno de este nombre”.

⁹ Prost, *Doce lecciones sobre la historia*, Cátedra-Universitat de València (Frónesis), 2001, p. 68.

¹⁰ *Apología para la historia*, pp. 192-193.



Marc Bloch

“¿De dónde procede el documento? ¿Cómo se ha conservado y transmitido? ¿Quién es su autor [...] ¿Dice la verdad?”.¹¹ Para Constantin Fasolt, la peor ofensa que el historiador puede hacerle al pasado es caer en el anacronismo.

Todos los otros pecados pueden ser perdonados, pero no éste. Anacronismo es el signo que contradice el espíritu sagrado de la historia. Muestra que el historiador inconscientemente ha infectado la interpretación del pasado con una partícula del presente, es decir, que no sólo ha fracasado en su tarea, sino que ha fracasado vergonzosamente.¹²

Así pues,

cualesquiera que sean los documentos utilizados o las cuestiones planteadas, lo que está en juego en la fase del establecimiento de los hechos es la fiabilidad del texto que el historiador dará a sus lectores. De eso depende el valor de la historia como “conocimiento”. La historia se basa en los hechos, y al historiador se le aprecia en la medida en que los produzca en apoyo de sus afirmaciones. La solidez de un texto histórico, la cualidad de ser científicamente admisible, depende del cuidado que se presta a la construcción de los hechos.¹³

El segundo paso de la tarea historiadora, la *explicación-comprensión*, va precedida por el reconocimiento de que en el análisis histórico “no hay un modo privilegiado de explicación”.¹⁴

En realidad, como dice Ricoeur, la interpretación está presente “en los tres niveles del discurso histórico, en el documental, en el de la explicación-comprensión y en el de la interpretación literaria del pasado”.¹⁵ Marc Bloch, Edward H. Carr y Henry-Irénée Marrou, entre otros, delinearon con perspicacia los preceptos que debe seguir el historiador para abordar los innumerables temas que atraen y desafían su oficio.¹⁶ Sin embargo, desde la aparición de esos libros a los días que corren, los métodos que pone en juego el historiador para analizar el pasado no han cesado de renovarse, al punto que ha hecho suyos buena parte de los métodos desarrollados por las ciencias sociales. Otros, más audaces, se han acercado a los que manejan los expertos de las ciencias duras. Mi generación, por ejemplo, fue radicalmente



Lucien Febvre

afectada por los métodos demográficos introducidos por la escuela de Berkeley en el análisis de las catástrofes que diezmaron la población indígena de la Nueva España en los siglos XVI y XVII.¹⁷ Más profundas y revolucionarias fueron las transformaciones metodológicas promovidas por la llamada Escuela de los Annales. A las obras hoy legendarias de March Bloch, Lucien Febvre, Ernest Labrousse, Fernand Braudel y Georges Duby, inmediatamente seguidas por las de Pierre Vilar, Pierre Goubert, Emmanuel Le Roy Ladurie, Pierre Chaunu, Jacques Le Goff, François Furet, Nathan Wachtel, Pierre Vidal-Naquet, Jacques Revel y Michel de Certeau, para citar algunos de los autores más representativos, debemos el trascendental vuelco de la historiografía del siglo XX, un viraje que cambió los paradigmas cognitivos, temáticos y metodológicos de la disciplina.¹⁸

Paralelamente, en el mundo anglosajón y en Alemania se registraron también cambios significativos en diversos ámbitos del saber historiográfico, y de manera destacada en la historiografía política y en el marco conceptual. Las revistas *The American Historical Review* y

¹⁷ Véase, como ejemplo, Sherburne F. Cook y Lesley Byrd Simpson, *The Population of Central Mexico in the Sixteenth Century*, University of California Press, Berkeley, 1948; Sherburne F. Cook y Woodrow Borah, *Essays on Population History*, 3 volúmenes, University of California Press, Berkeley, 1971-1979.

¹⁸ Sobre los cambios introducidos por la École des Annales hay una bibliografía dilatada. Véase, por ejemplo, Jacques Le Goff y Pierre Nora (editores), *Faire de l'histoire. Nouvelles approches*; Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales (1929-1989)*, Gedisa, Barcelona, 1993; Rosan Rauzduel, “Sociologie historique des Annales”, *Lettres du Monde*, Paris, 1998; George G. Iggers, *Historiography in the Twentieth Century*, Wesleyan University Press, Middletown, 1968, capítulo 5; y el libro de Phillippe Carrard, *Poetics of the New History. French Historical Discourse from Braudel to Chartier*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992; e Hira de Gortari y Jorge Zermeno (editores), *Historiografía francesa. Corrientes temáticas y metodológicas recientes*, CEMCA, México, 1996.

¹¹ Prost, *Doce lecciones sobre la historia*, p. 73.

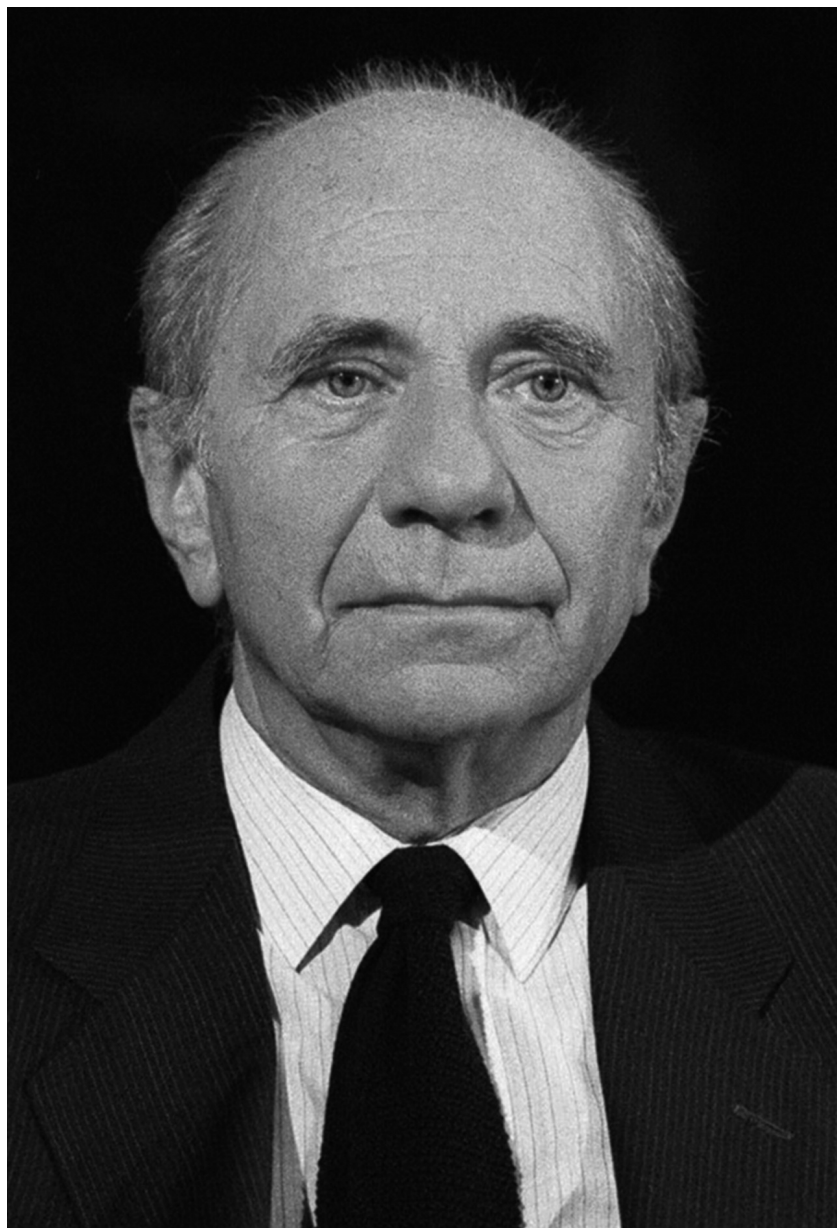
¹² Fasolt, *The Limits of History*, p. 6.

¹³ Prost, *Doce lecciones sobre la historia*, p. 89.

¹⁴ Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, p. 244.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 244-245 y 448.

¹⁶ Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*; Henri-Irénée Marrou, *El conocimiento histórico*, Labor, Barcelona, 1968; Edward H. Carr, *¿Qué es la historia?*, Seix Barral, Barcelona, 1970.



Georges Duby

Theory and History, entre otras, dieron a conocer periódicamente los cambios teóricos, metodológicos, temáticos y escriturales de la historiografía anglosajona e internacional. Como en ninguna época anterior, el historiador tiene hoy a su disposición un inventario de las diversas formas de hacer historia que han cobrado vida en el ámbito internacional.

En sus acercamientos al pasado el historiador se sirve de conceptos. Reinhart Koselleck, quien se ha concentrado en su estudio, propone esta definición: “Un concepto reúne la pluralidad de la experiencia histórica y una suma de relaciones teóricas y prácticas de relaciones objetivas en un contexto que, como tal, sólo está dado y se hace experimentable por el concepto”.¹⁹ Generalmente los historiadores utilizan dos tipos de con-

ceptos: los establecidos por la gente en su propio tiempo para designar realidades en las que estaban inmersos (feudo, vasallaje, religión). Por otro lado es común que el historiador recurra a conceptos creados en el tiempo en que escribe y, por lo tanto, extraños a la época que trata: clases, capitalismo, inflación, etcétera. En el primer caso, considera Koselleck,

los conceptos tradicionales sirven como acceso heurístico para concebir la realidad pasada. En el segundo caso, la *Histoire* se vale *ex post* de categorías formadas y definidas que se emplean sin poder demostrar su presencia en las fuentes. Así, por ejemplo, se formulan premisas teórico-económicas para investigar los inicios del capitalismo con categorías que en aquel momento eran desconocidas.²⁰

En todo caso, como se puede observar, los conceptos son “herramientas con las cuales los contemporáneos, pero también los historiadores, se esfuerzan en hacer una ordenación de lo real y de hacer decir al pasado su especificidad y su significado”.²¹ Sin embargo, a pesar del rigor que los acompaña, los conceptos no logran imponer a la realidad un orden estrictamente riguroso. Por eso dice Antoine Prost que

antes de conceptos ya constituidos, mejor sería hablar de conceptualización —como planteamiento y como investigación—, de conceptualizar la historia. Esta operación implica ordenar la realidad histórica, aunque se trataría de una ordenación relativa y parcial, pues la realidad jamás se puede reducir a la racionalidad: tiene siempre una parte de contingencia, y las particularidades concretas perturban generalmente el bello orden de los conceptos.²²

En su constante enfrentamiento con los enigmas del pasado, los historiadores no han dudado en acudir a los métodos y conceptos más rigurosos de las ciencias

¹⁹ Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 117. En otro libro, *L'expérience de l'histoire*, Hautes Études/Gallimard/Le Seuil, París, 1997, pp. 101-119, Koselleck dedica un capítulo a la historia de los conceptos.

²⁰ Citado por Prost, *Doce lecciones sobre la historia*, pp. 134-135. Estos dos tipos de conceptos los define así Paul Veyne (*Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1971, p. 152): “El objeto último del esfuerzo de conceptualización es facilitar a través del discurso, al lector profano, todos los datos que le permitan reconstruir el acontecimiento en su totalidad, incluidos su ‘tono’ y su ‘atmósfera’. En efecto, inicialmente, cualquier hecho que ocurre en una civilización que nos es ajena consta [...] de dos partes: una se puede leer explícitamente en los documentos [...], en tanto que la otra es un *aura* de la que el especialista se impregna en contacto con los otros documentos, pero que no es capaz de traducir en palabras...”.

²¹ *Doce lecciones...*, p. 151. Mary Fullbrook (*Historical Theory*, Routledge, Londres, 2007, capítulo 5, p. 74), observa que explícitamente o no, la mayoría de los historiadores operan con categorías o conceptos que les sirven para modelar o definir los modos con los que investigan y representan el pasado.

²² *Doce lecciones...*, p. 145.

sociales y aun de las ciencias duras. De ambas han tomado herramientas como las antes citadas, y sobre todo, métodos. La cercanía de la historiografía contemporánea con la sociología, la economía, la psicología o la antropología, se asienta en esos préstamos; es decir, como dice Antoine Prost, buena parte de “su tiempo [lo ha dedicado el historiador] a incubar huevos que no ha puesto”.²³

Finalmente, el proceso de comprensión y explicación puede resumirse en el objetivo de interpretar adecuadamente los hechos examinados, una ambición que Paul Ricoeur define en el párrafo siguiente. La interpretación, dice, es un proceso complejo en el cual

se pueden distinguir varios componentes: en primer lugar, el deseo de clarificar, de explicitar, de desplegar un conjunto de significaciones consideradas oscuras para una mejor comprensión por parte del interlocutor; después, el reconocimiento del hecho de que siempre es posible interpretar de otro modo el mismo complejo, y, por lo tanto, la admisión de un mínimo inevitable de controversia, de conflicto entre interpretaciones rivales; después, la pretensión de dotar a la interpretación asumida de argumentos plausibles, posiblemente probables, sometidos a la parte adversa; finalmente, el reconocimiento de que detrás de la interpretación subsiste siempre un fondo impenetrable, opaco, inagotable, de motivaciones personales y culturales, que el sujeto nunca ha terminado de explicar.²⁴

El proceso de conceptualización es un proceso lento. Una página extensa de Paul Veyne define su paulatina formación y la complejidad que lo constituye.

La historia comienza siendo una visión ingenua de las cosas, la del hombre corriente o la de los hombres del *Libro de los Reyes* o de las *Grandes crónicas de Francia*. Poco a poco, a lo largo de un proceso análogo a los que experimentaron la ciencia o la [... filosofía], y tan lento e irregular como ellos, se desarrolla la conceptualización de la experiencia. Ese proceso es menos perceptible que el experimentado por la ciencia o por la filosofía: no se traduce en teoremas, tesis o teorías que se puedan formular, contraponer y discutir, y para darse cuenta de él es necesario comparar una página de [Max] Weber o de [Henri] Pirenne con otra de un cronista del año mil. Esa evolución, tan escasamente discursiva como cualquier aprendizaje, no sólo constituye la razón de ser de las disciplinas histórico-filológicas y la justificación de su autonomía, sino que forma también parte integrante del descubrimiento de la complejidad del mundo. Cabría decir que la humanidad adquiere una conciencia cada vez más exacta de sí mis-



Jacques Le Goff

ma, si no fuera porque se trata de un fenómeno mucho más modesto, del conocimiento cada vez más riguroso de la historia que adquieren los historiadores y sus lectores. Estamos ante la única evolución que permite que hablen de ingenuidad griega o de infancia del mundo: en el ámbito de la ciencia o de la filosofía la madurez no está en función de la dimensión del *corpus* de conocimientos adquiridos, sino de cómo se han sentado sus bases. Los griegos son niños geniales que carecieron de experiencia; en cambio, descubrieron los *Elementos* de Euclides... De la misma forma, una historia de la historiografía que pretendiera llegar al núcleo de la cuestión debería atender menos al fácil estudio de las ideas de cada historiador y dedicar mayor interés al repertorio de su paleta: no basta elogiar la agudeza narrativa de determinado historiador, o decir que otro apenas se ocupa de los factores sociales del periodo que estudia. En tal caso, la escala de valores podría experimentar variaciones: se pondría de manifiesto que el viejo abate Fleury, en sus *Costumbres de los judíos y de los primeros cristianos*, resulta, cuando menos,

²³ *Ibidem*, p. 146.

²⁴ Ricoeur, *La memoria, la historia...*, pp. 446-447.



Pierre Goubert

tan rico como Voltaire, y nos sorprenderían la riqueza de Marc Bloch y la pobreza de Michelet. Muy a menudo, esa historia de la historia no es obra de los historiadores, sino de novelistas, viajeros o sociólogos.²⁵

Recuerda John Lewis Gaddis que en una ocasión una importante revista académica le rechazó un artículo con el argumento de que “había incurrido en pluralismo de paradigmas”. Luego de meditar sobre esa respuesta llegó a la conclusión de que ésta era una interpretación miope, pues las lecturas de otras obras le mostraron que “una pluralidad de paradigmas puede convergir para darnos una adaptación más estrecha entre representación y realidad”.²⁶

Esta convergencia de enfoques en la explicación de un acontecimiento es posible y está presente en la historia.

Los historiadores están abiertos —o deberían de estarlo— a las diversas maneras de organizar el conocimiento: nuestra mayor dependencia de la micro que de la macroorganización nos abre a un amplio abanico de enfoques metodológicos. En una misma narración podemos ser rankianos, marxistas, freudianos, weberianos o inclu-

so posmodernos, en la medida en que estos modos de representación nos aproximan a las realidades que tratamos de explicar. Quizás —agrega Gaddis— esto pueda interpretarse como una mezcla pragmática e incoherente, pero concluye que es buena ciencia, pues lo que podemos conocer debiera primar siempre sobre la pureza de los métodos para conocerlo.²⁷

Sabemos, por la mera experiencia de ser lectores, “que con métodos diferentes se pueden escribir grandes libros de historia, obras plenas de sentido, que nos iluminen y nos satisfagan enteramente desde el momento que aceptamos su tema”.²⁸

Así, cuando los historiadores entran en la discusión de las diversas formas y métodos de interpretar el pasado podría decirse que “lo liberan de una única explicación válida posible de lo sucedido [...] tenemos que consolarnos con el pensamiento de que, al debatir enfoques alternativos del pasado, permitimos que éste respire mejor”.²⁹

El tramo final de la operación historiadora es la *representación del pasado*. La historia, insiste Ricœur, “es totalmente escritura”,³⁰ se manifiesta en el texto o en el relato, que a su vez quieren ser una representación de la realidad. Pero no trata de la realidad misma, sino de una aproximación a ella, de un intento siempre inalcanzable de reproducirla o replicarla.³¹ En *La memoria, la historia, el olvido*, la representación de la realidad figura en tres contextos diferentes: en la memoria, en la teoría de la historia y en la obra escrita. Aquí nos interesa esta última, “cuando el trabajo del historiador, iniciado en los archivos, desemboca en la publicación de un libro o artículo entregados para leer. La escritura de la historia se ha convertido en escritura literaria”.³² Ricœur le da el nombre de *representación* a esta fase, pues observa que “en ese momento, la expresión literaria, el discurso historiador declara su ambición, su reivindicación, su pretensión, la de representar *de verdad* al pasado”.³³ Sin embargo, afirma que sólo la unión de las tres fases de la operación historiadora (la *prueba documental*, la *explicación-comprensión* y la *escritura*) “son capaces de

²⁷ *Ibidem*, pp. 145-146.

²⁸ Prost, *Doce lecciones...*, pp. 236-237.

²⁹ Gaddis, *El paisaje de la historia*, p. 183.

³⁰ Ricœur, *La memoria, la historia...*, p. 315.

³¹ Gaddis, *El paisaje de la historia*, p. 177. Gaddis dice que en cualquier caso “es una lastimosa aproximación a una realidad que, aun con la máxima habilidad de parte del historiador, parecería muy extraña a cualquiera que hubiera vivido realmente en ella”.

³² Ricœur, *La memoria, la historia...*, p. 250. En el caso de la escritura literaria, dice Ricœur en la misma obra (p. 360), “la narratividad añade sus modos de inteligibilidad a los de la explicación/compreensión; a su vez, se ha comprobado que las figuras de estilo son figuras de pensamiento capaces de añadir una dimensión propia de exhibición a la legibilidad propia del relato”.

³³ *Ibidem*, p. 303.

²⁵ Veyne, *Cómo se escribe la historia...*, pp. 141-142.

²⁶ Gaddis, *El paisaje de la historia*, p. 145.

acreditar la pretensión de verdad del discurso histórico”.³⁴ Mediante la escritura el pasado, la cosa ausente se vuelve presente, se rescata el hecho desaparecido cuyas frágiles huellas el historiador persigue, reconstruye y examina una y otra vez, hasta que el análisis riguroso lo lleva a la conclusión de que esas huellas son testigos confiables del acontecimiento que se ha propuesto explicar. Es decir, la narración, la forma de representación propia de los historiadores, es una simulación de lo “que ha sucedido en el pasado. Son reconstrucciones, montadas en laboratorios mentales virtuales, de los procesos que han producido cualquier estructura que tratamos de explicar”.³⁵

Pero la representación del pasado que hace el historiador, además de apoyarse en testimonios fidedignos e ir acompañada de formas de explicación certeras, razonadas y convincentes, exige la condición de la buena escritura. Puesto que la historia se escribe, es obligado que esté bien escrita, un requisito que ha acompañado a las obras que llamamos clásicas, desde *Los nueve libros de la historia* de Heródoto, pasando por la *History of the Decline and Fall of the Roman Empire* de Gibbon, *El otoño de la Edad Media* de Johan Huizinga, *La cultura popular de la Edad Media y el Renacimiento* de Mijail Bajtin, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* de Fernand Braudel, *Montaillou, village occitan* de Emmanuel Le Roy Ladurie, *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg, *El regreso de Martin Guerre* de Natalie Zenon Davis o los grandes panoramas históricos de Eric Hobsbawm.

Hace tiempo que novelistas, historiadores y críticos de la literatura y de la historia advirtieron las sutiles y a veces contradictorias relaciones entre la historiografía académica y la literatura. Antes de que el relato histórico se vistiera con las virtudes y prestigios de las letras, el historiador lo fortaleció con un despliegue de testimonios sólidos, con los recursos de la comprensión y la explicación rigurosas y con la fuerza de una interpretación coherente y persuasiva. A este basamento el historiador le sumó el atractivo de un estilo que atrajo la atención de un público más amplio y perdurable. Tal es el caso de las obras históricas antes citadas y de la mayoría de los clásicos de la historiografía mexicana o latinoamericana. De las obras dedicadas a la historia mexicana bastaría recordar la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún, la *Historia antigua de México* de Francisco Javier Clavijero, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, el *Hernán Cortés* de José

Luis Martínez, el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* de Alexander von Humboldt, la *Historia de México* de Lucas Alamán, *Orbe indiano* (o *The First America*, su título original en inglés) de David Brading, *La invención de América*, de Edmundo O’Gorman, *La formación de los grandes latifundios en México* de François Chevalier, *Zapata* de John Womack, *Pancho Villa* de Friedrich Katz, u obras más recientes como *Monte sagrado. Templo Mayor* de Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, o *Tierra adentro, mar en fuera* de Antonio García de León.

Como se ha visto antes, al mencionar los grandes desafíos que las obras de Stendhal, Balzac, Flaubert y Tolstoi arrojaron a la cara de los historiadores, éstos no sólo reaccionaron con una mejoría en la composición y el estilo de sus obras, sino con un replanteamiento radical de la presentación de los actores, los temas, los escenarios y contextos que integran el relato histórico. Desde entonces los historiadores no sólo exploraron nuevos temas, métodos y arquitecturas para relatar el pasado, sino que vieron en las creaciones literarias textos im-



Fernand Braudel

³⁴ *Ibidem*, p. 371. En otra parte, p. 372, dice: “no tenemos nada mejor que el testimonio y la crítica del testimonio” para “acreditar la pretensión de verdad del discurso histórico”.

³⁵ Gaddis, *El paisaje de la historia*, p. 141.



Carlo Ginzburg

pregnados de historia, pues aun cuando entendieron que los escritores no se propusieron relatar acontecimientos reales, aceptaron que sus textos proporcionaban una “imagen fiel” de “aquello que se suponía que había sucedido, sobre la base de costumbres análogas en uso, o bien de documentos en los cuales consta que costumbres análogas habían tenido vigencia en el pasado”.³⁶ Así, basándose en el romance medieval de *Lancelot du Lac*, Jean Chapelain, quien escribía entre 1646 y 1647, concluyó que ese texto literario brindaba “una representación genuina [...], una historia cierta y exacta de las costumbres que imperaban en las cortes de ese entonces”. Éste es un ejemplo, arguye Ginzburg, de cómo un texto ficticio nos permite “construir la verdad sobre esas ficciones (*fables*), la historia verdadera sobre la ficticia”.³⁷

Los romances, las novelas y los textos literarios no sólo reconstruyen ambientes, acontecimientos y personajes históricos con procedimientos ignorados por los historiadores, sino que con frecuencia brindan la impresión, como es el caso del cine, de que estamos viendo esos acontecimientos y comprendiendo la magnitud y el sentido de las reacciones experimentadas por sus personajes. Carlo Ginzburg recuerda cómo la aguda lectura de Erich Auerbach de *En busca del tiempo perdido* de Proust, o de *Al faro* de Virginia Woolf nos permitió saber cómo, “mediante un acontecimiento accidental, una vida cualquiera, un fragmento tomado

del azar, se puede arribar a una comprensión más profunda” de la biografía de una persona o ahondar en la trama de un acontecimiento histórico. La literatura también nos impone desafíos, como los de Stendhal, quien por “medio de un relato basado en personajes y acontecimientos inventados”, “intentaba alcanzar una verdad histórica más profunda”.³⁸ Los novelistas, en fin, de Henry Fielding a Marcel Proust, o de Virginia Woolf a James Joyce o William Faulkner, o de Juan Rulfo a Gabriel García Márquez, enseñaron a los historiadores técnicas maravillosas para comprimir el tiempo o dilatarlo, de tal manera que apropiándose de esos procedimientos el historiador pudo resumir siglos de historia en unas páginas, o extender por días, meses y años acontecimientos ocurridos en breve tiempo.³⁹ Según Peter Burke, el “historiador del cine Siegfried Kracauer parece haber sido el primero en sugerir que la ficción moderna, más en particular la ‘descomposición temporal’ en Joyce, Proust y Virginia Woolf, ofrece una oportunidad y un reto a los narradores históricos”.⁴⁰ Otros historiadores, siguiendo el modelo de los novelistas que cuentan sus tramas desde distintos puntos de vista, a través de diferentes actores o narradores, nos presentan relatos históricos expresados en varias voces, como el libro de Richard Price sobre los esclavos de Surinam.⁴¹

Podrían citarse muchos otros casos que muestran cómo se han abierto los historiadores a las técnicas narrativas que les proponen las letras y las artes, un testimonio más de la creciente apertura de esta disciplina para aceptar nuevos retos y un ejemplo de la incesante renovación del oficio del historiador. Entre estos historiadores, Carlo Ginzburg es quizá quien más ha insistido en esta apertura a la literatura como texto impregnado de historia y como herramienta asequible al historiador.⁴² **u**

³⁸ Ginzburg, “La áspera verdad”, *El hilo y las huellas...*, pp. 244-245 y 246-247.

³⁹ Véase Ginzburg, “Pruebas y posibilidades”, *El hilo y las huellas...*, pp. 445-447; y los ensayos de Auerbach sobre Stendhal y Virginia Woolf en Auerbach, Erich, *Mimesis. The Representation of Reality in Western Literature*, Doubleday Anchor, Nueva York, 1957 [versión en español: *Mimesis*, FCE, México, 1950].

⁴⁰ Peter Burke, *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, pp. 293-294. Siegfried Kracauer, *The Last Things before the Last*. Véase también Ginzburg, “Detalles, primeros planos, microanálisis”, *El hilo y las huellas*, pp. 327-349.

⁴¹ Richard Price, *Alabi's World, Historical Understanding*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1990.

⁴² Véase Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Muchnik Editores, Madrid, 1981 [edición italiana, 1976]; “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciarias”, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, Gedisa, Barcelona, 1989, pp. 138-175; *Historia nocturna*, Muchnik Editores, Madrid, 1991; *History, Rhetoric and Proof*, University Press of New England, Hanover-Londres, 1999; *Tentativas*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2003; *Los benandanti: brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2005, y *El hilo y las huellas...*

³⁶ Ginzburg, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, FCE, México, 2010, pp. 14-15. La cita entrecomillada procede de un texto de Jean Chapelain escrito entre 1646-1647 que se refiere al romance medieval de *Lancelot du Lac*, pp. 114-115.

³⁷ *Ibidem*, pp. 115 y 130-131.